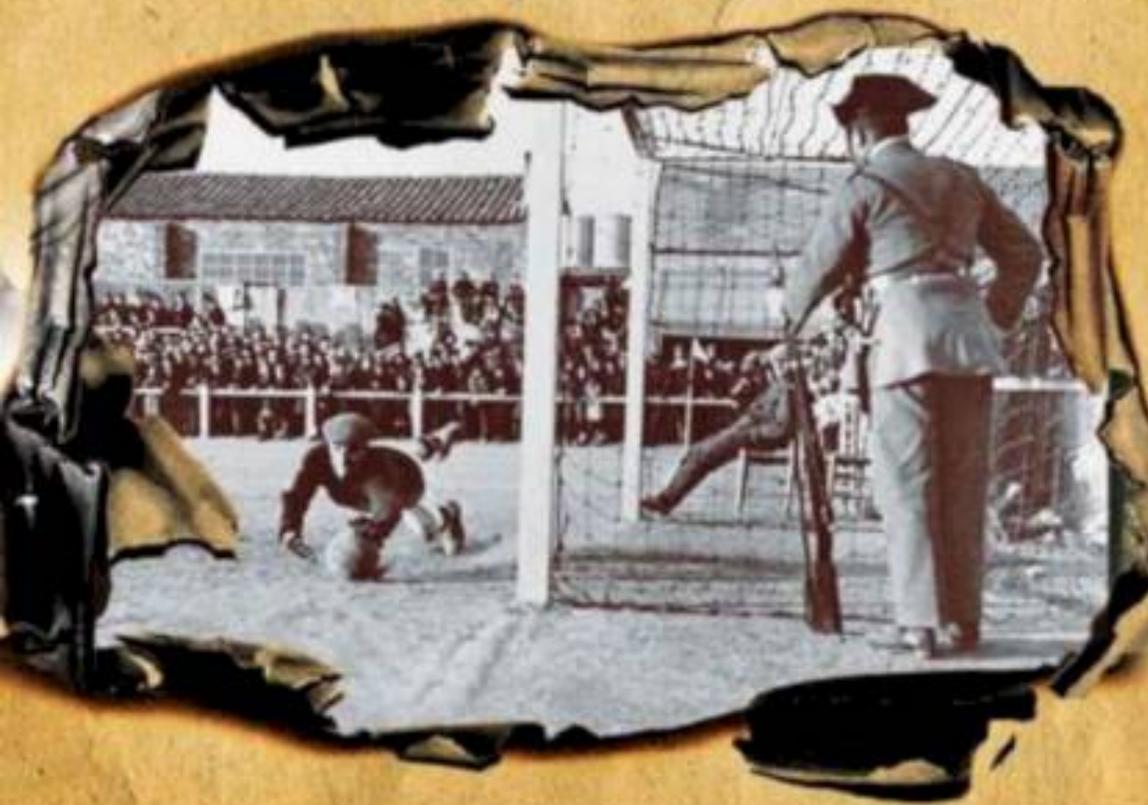


ROSA DE FUEGO

EN PLENA GUERRA CIVIL, EL BARÇA PARTE DE GIRA A MÉXICO...
UNA NOVELA QUE REÚNE HISTORIA, FÚTBOL E INTRIGA



EMILIO MARRESE



Primera edición: abril 2011

Título original: *Rosa di fuoco*
Traducción: Natalia Fernández

© Edizioni Pendragon, 2010
© Ediciones B, S.A., 2008
© Concell de Cent, 425-427 - 08009 Barcelona (España)
© www.edicionesb.com

ISBN: 978-84-666-4857-8

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en las leyes, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público.

A Camilla, Jacopo, Ludovica y Tommaso

Morir por las ideas está bien, pero de muerte lenta.

FABRIZIO DE ANDRÈ

De aquel equipo sólo quedaba un masajista y una esponja. Con esas armas el Barcelona refundó su historia.

JUAN VILORÒ

Cuanto más ignorante es uno tanto más audaz y dispuesto a escribir.

BARUJ SPINOZA

Contenido

- Prólogo Barcelona, 8 de mayo de 1937
- 1 Barcelona, julio de 2008
- 2 Madrid, 6 de agosto de 1936
- 3 Barcelona, julio de 2008
- 4 Sierra de Guadarrama, 6 de agosto de 1936
- 5 Barcelona, 17 de abril de 1937
- 6 Barcelona, julio de 2008
- 7 Barcelona, 26 de abril de 1937
- 8 Barcelona, julio de 2008
- 9 Barcelona, 3 de mayo de 1937
- 10 Barcelona, 3 de mayo de 1937
- 11 Barcelona, agosto de 2008
- 12 Barcelona, 8 de mayo de 1937
- 13 Barcelona, agosto de 2008
- 14 Barcelona, 8 de mayo de 1937
- 15 Barcelona, septiembre de 2008
- 16 Barcelona, 10 de mayo de 1937
- 17 Barcelona, 16 de mayo de 1937
- 18 Barcelona, septiembre de 2008
- 19 Barcelona, 18 de mayo de 1937
- 20 Barcelona, septiembre de 2008
- 21 París, 24 de mayo de 1937
- 22 Barcelona, septiembre de 2008
- 23 La Habana, 5 de junio de 1937
- 24 La Habana, 5 de junio de 1937
- 25 Barcelona, septiembre de 2008
- 26 Barcelona, 7 de junio de 1937
- 27 Veracruz-Ciudad de México, 8 de junio de 1937
- 28 Ciudad de México, 11 de junio de 1937
- 29 Barcelona, septiembre de 2008
- 30 Barcelona, 18 de junio de 1937
- 31 Ciudad de México, 20 de junio de 1937
- 32 Ciudad de México, 27 de junio de 1937

- 33 Barcelona, septiembre de 2008
- 34 Barcelona, 29 de junio de 1937
- 35 Ciudad de México, 29 de junio de 1937
- 36 Barcelona, septiembre de 2008
- 37 Barcelona, 3 de julio de 1937
- 38 Ciudad de México, 9 de julio de 1937
- 39 Ciudad de México, 15 de julio de 1937
- 40 Barcelona, septiembre de 2008
- 41 Ciudad de México, 20 de julio de 1937
- 42 Ciudad de México, 22 de julio de 1937
- 43 Barcelona, septiembre de 2008
- 44 Barcelona, 2 de agosto de 1937
- 45 Ciudad de México, 5 de agosto de 1937
- 46 Barcelona, septiembre de 2008
- 47 Ciudad de México, 10 de agosto de 1937
- 48 Barcelona, septiembre de 2008
- 49 Ciudad de México, 16 de agosto de 1937
- 50 Barcelona, septiembre de 2008
- 51 Ciudad de México, 26 de agosto de 1937
- 52 Barcelona, 27 de agosto de 1937
- 53 Veracruz, 29 de agosto de 1937
- 54 Barcelona, septiembre de 2008
- 55 Nueva York, 6 de septiembre de 1937
- 56 Barcelona, septiembre de 2008
- 57 Barcelona, 10 de septiembre de 1937
- 58 Barcelona, septiembre de 2008
- 59 Nueva York, 18 de septiembre de 1937
- 60 Barcelona, septiembre de 2008
- 61 Barcelona, 19 de septiembre de 1937
- 62 Nueva York, 24 de septiembre de 1937
- 63 Barcelona, septiembre de 2008
- 64 Barcelona, 30 de septiembre de 1937
- 65 Barcelona, 8 de octubre de 1937
- 66 Barcelona, octubre de 2008
- 67 Ciudad de México, 26 de agosto de 1937

Foto

Apéndice Lo que sucedió en realidad

Notas

Prólogo

Barcelona, 8 de mayo de 1937

Eran días en los que la muerte tenía que inventarse cualquier cosa para llamar la atención. Se la encontraba tan a menudo en las calles de Barcelona que ya formaba parte del paisaje, como los plátanos, los quioscos o las farolas de aquel arquitecto alucinado. No es que no se hiciera caso a nada, todo sea dicho: hasta a un gavilán aplastado en el suelo se lo mira. Pero se había convertido en algo normal moverse entre cadáveres de gente a la que habían disparado mientras combatía o sólo pasaba por el lugar equivocado en el momento equivocado. Cosa fácil, porque Barcelona vivía sensiblemente equivocada en la espera permanente de justicia. Sólo en los cinco años anteriores la habían bañado en sangre más de cien conflictos cruentos, incluidos revueltas, desórdenes, enfrentamientos con la policía. Proletarios contra señores. Y la guerra civil, que había estallado un año antes, había exasperado aquella alma sangrienta, herética y violenta de la ciudad, con los ardores del otro siglo. La «Rosa de Fuego», *Rosa de Foc* en catalán: así llamaban a Barcelona los anarquistas, con una definición acuñada, al parecer, en 1873 por Friedrich Engels, extasiado ante tanto espíritu rebelde.

A los enterradores —y ése fue un caso en el que la muerte logró llamar la atención— les impresionó el cuerpo de aquella muchacha encontrada sin vida en el agujero de un apartamento del barrio Gótico, el distrito viejo de la ciudad. En uno de aquellos callejones umbríos, con la ropa tendida como velas hinchadas por una miseria que no zarpa nunca.

No era la habitual muerte cotidiana. Incluso vivo, el cuerpo de una mujer como ésa habría causado sensación, pero muerto aún causaba más. Tan joven y, encima, de aquella manera: no estaba nada bien. Les desagradó y se avergonzaron un poco de que su mirada se detuviera más de lo necesario en aquellas formas desnudas, en aquel seno rendido, ya sin respiración ni orgullo. Si hubieran visto pasar por delante del bar a una chica así, seguramente no le habrían ahorrado comentarios en voz alta, entre un eructo de cerveza y otro, sobre los modos en que habrían de poseerla, como lobos babeantes en su tiempo libre. Pero así no, no sabían ni siquiera cómo cogerla para llevársela de ahí, de aquel último lecho, y meterla en un saco negro.

El más viejo de los dos sepultureros había visto cosas peores, un año antes, al estallar la guerra civil, cuando por ejemplo lo habían mandado a recoger los cuerpos con los genitales mutilados de monjas y frailes de dos conventos asaltados por los anarquistas. Temas para reír en el bar y para no poder dormir por la noche. Sin embargo, se sintió casi tan a disgusto como su joven colega, al que tuvo que dar un ligero codazo cuando asomó la cabeza un oficial de la Guardia Civil. Civil, como la guerra. Todo muy civil.

La muchacha —tendría poco más de veinte años— estaba atada por las muñecas y los tobillos, como un cuatro de espadas, a la estructura de hierro forjado de la cama francesa, desordenada. La mirada cerúlea, aún aterrorizada, fija

en las manchas de humedad del techo. Una cuerda ceñida en torno al cuello.

El más joven de los dos empleados de las pompas fúnebres municipales volvió a ponerse el gorro negro que se había quitado, instintivamente, en presencia de aquella vida truncada. Un gesto respetuoso que no reservaba a aquellos muchachitos que, de vez en cuando, le tocaba recoger en una barricada con el pecho abierto por las balas y la expresión de estupor de quien no se lo esperaba en absoluto, porque era demasiado joven y estaba demasiado de parte de la razón para morir. Quién sabe por qué, al enterrador aquella juventud de trinchera le parecía menos desperdiciada que la de la chica que ahora tenía ante sí. Aquellos exaltados, en el fondo, se habían buscado su estúpido fin de héroes, no sabiendo que su ambición de historia terminaría en el mismo saco que todos los demás, igual que una vieja infartada.

La muchacha, en cambio, nunca había tenido la intención de cambiar el mundo; quizá se ilusionaba tan sólo con cambiar un poco el suyo. El enterrador no pensó que se lo había buscado, como aquellos subversivos que iba a retirar de las calles, esparcidos por el suelo como botellas vacías después de una fiesta popular, cuando las bandas armadas volvían a las andadas. Pensó más bien que una chica así, aunque hubiese vivido otros cien años, él jamás se la habría encontrado en la cama, tendida con las piernas abiertas, salvo muerta. Y no sabía, ante ese pensamiento, si sentía pesar por ella o por él mismo.

Por ella, resolvió rápidamente, y empezó a deshacer los nudos que la habían inmovilizado ante su verdugo.

Si no hubiera habido esa jodida guerra, una chica así sin duda se habría casado con un rico de los barrios altos y al mar únicamente bajaría los domingos, y no para ayudar a su familia a descargar las doradas. Es verdad; si no hubiera habido guerra, no se habría visto obligada a vender su belleza a un depravado capaz de hacerle eso. Porque sólo un

perverso, nunca un enamorado, había podido matarla de aquella manera; al menos era así como él lo veía.

Al introducirla en el saco negro, miró de soslayo el nombre grabado en la pulserita de plata de la muñeca izquierda. Margarida. Una flor arrancada, pensó. Y para un enterrador, se dijo, era el máximo de la poesía.

1

Barcelona, julio de 2008

La comandante de cabina anunció que se había iniciado el descenso hacia el aeropuerto de El Prat de Barcelona, rogando cerrar las mesitas, apagar los aparatos electrónicos y poner el respaldo del asiento en posición vertical. No sea que la escoliosis lo tumbe a uno en el suelo, pensó Pablo. Desde la ventanilla sólo se veían tierras rojas de distintas tonalidades que encajaban como un tetris agrícola. En el último tramo de Madrid a Barcelona parecía ser una pelotita en vuelo sobre un infinito campo de tenis.

Pablo volvió a sacar del bolsillo posterior de los vaqueros la fotocopia de aquel viejo recorte de *Afición*, hallado en la hemeroteca municipal de su pueblo en México. Una página que databa del 20 junio de 1937, en la que se ilustraba a los apasionados mexicanos del fútbol, con superabundancia de elogios y tono épico, las virtudes de aquel equipazo europeo que había honrado a la nación con su visita y que, a partir de esa tarde, exhibiría en los estadios mexicanos todo su arte deportivo. Sin, por otro lado, olvidar el rol de embajadores democráticos de un país amigo, en guerra por defender la libertad, como subrayaba el periodista. El artículo estaba enmarcado por once fotografías en primer plano de las estrellas del Barcelona. Sólo los titulares, no los suplentes. La mirada perdida, marcial. La nariz larga y arrogante de Fernando García Lorenzo, los la-

bios finos de Josep Escolà, la mirada melancólica y las orejas en punta de Ramón Zabalo, la sonrisa bondadosa de Joaquín Urquiaga, la mirada extraviada de Juli Munlloch, los rasgos delicados de Josep Pagès, los pómulos graníticos y las orejas de soplillo de Martí Ventolrà, el aire ausente y ambiguo de Josep Iborra, las cejas arqueadas de Domènec Balmanya, la mueca indescifrable de Josep Argemí, la calvicie de Babot, el perfil de dandi de Josep Bardina.

Una pandilla de piratas danzarines.

Y uno de ellos era su abuelo. A saber cuál.

La decisión de cruzar el océano para pasar unas semanas de vacaciones en España fue improvisada y casual, como todas las que tomaba para que no parecieran decisiones. Había comprado el billete en Internet con sólo tres clics: como si se tratara de un libro usado.

Había ocurrido que durante una cena de ex compañeros de instituto, simplemente, no le vino nada mejor a la cabeza para hacerse el interesante. Estaba el que, en poco más de diez años, había abierto un negocio, tenido tres hijos, contraído matrimonio con la compañera de banco, cambiado cuatro veces de trabajo, sacado un máster en Estados Unidos, ganado ocho torneos de golf, retomado el negocio familiar, grabado un disco, divorciado del compañero de banco, hecho política, arreglado los pechos, sacado barriga, arruinado el negocio familiar, heredado un terreno, perdido el pelo, comprado casa, adquirido un perro, perdido la esperanza, cambiado el carácter...

—¿Y tú, Pablo?

Maldito sea Facebook y quien lo inventó.

A él le parecía haber salido de una larga adolescencia, hacía mucho y sin daños permanentes.

—¿Yo? Estoy a punto de partir para Europa.

¿Y cómo se le había ocurrido eso? La espuma de la cerveza que estaba mirando fijamente, en el vaso de plástico,

tenía la forma de Europa, en efecto.

¿Para qué?

—Voy a buscar a mi abuelo. Es una historia familiar muy complicada, no es fácil de explicar. Tal vez escriba un libro. Imbécil.

Alguien dijo «lo de siempre», sobreentendiéndose «gili-pollas»; alguien suspiró en un gesto de falsa envidia, dicho tú que no tienes hijos a los que quitar el hambre, y luego volvieron a proyectar fabulosas vacaciones en el mar, todos juntos con sus respectivas familias, que no harían nunca.

Siempre es mejor el viaje a Europa que explicar que hemos perdido el enésimo trabajo de diseñador en una agencia que hacía publicidad para supermercados y nos hemos dejado conquistar por una novia deprimida por ser estéril (o quizá viceversa).

Cuando la empresa no le renovó el contrato, después de la fuga imprevista del propietario, perseguido por la policía tributaria, le había parecido insoportable la idea de volver a empezar una vez más de cero con otro contrato miserable de prácticas o —todavía peor— la de lanzarse de nuevo al burdel de Ciudad de México, de donde ya había escapado en los tiempos de la universidad sin haberla acabado.

Tal vez esa tontería del viaje a Europa funcionara después de todo. Nada más que unas semanas para desconectar, se había dicho y había repetido. En esto, sin saberlo, era muy parecido a su abuelo.

Le comunicó asimismo a su madre, sólo después de haber comprado un billete que encontró a buen precio, que iría por un tiempo a Europa, probablemente a España, por una simple cuestión de lengua. Era todavía bastante joven para que la idea no pareciera del todo descabellada. Pensó, sin embargo, que ahorraría alguna angustia materna añadida («¿Y qué vas a hacer? ¿Y el trabajo? ¿Y tu novia?») diciéndole que tal vez allí en Europa intentaría descubrir

dónde estaba enterrado el abuelo, que nunca había vuelto de la Segunda Guerra Mundial.

Pero llegados a ese punto, en absoluto aliviada, la madre se sintió obligada a contarle aquella verdad a propósito del abuelo, de la cual su abuela Isabel lo había protegido siempre.

2

En la radio se ha hecho el siguiente anuncio: se ruega con la máxima solicitud que quien quiera que esté en condiciones de suministrar noticias sobre el paradero del diputado catalán don Josep Sunyol, que se ponga en contacto con el Ministerio de Guerra. El señor Sunyol partió para visitar las zonas del frente de la sierra el día 6 de los corrientes, en un coche Ford, de nueva matrícula: ARM2929. Acompañaban al señor Sunyol un teniente de las milicias y el chófer, señor Quintanilla, sin que desde el mencionado día 6 se conozca el paradero.

La Vanguardia, 11 de agosto de 1936

Madrid, 6 de agosto de 1936

El presidente Josep Sunyol se sirvió otra taza de café. Ya se había enfriado, pero le apetecía justamente un sorbo como excusa para encender el enésimo cigarrillo desde que había sonado el despertador, dos horas antes, y le habían llevado el desayuno a la habitación en un servicio de porcelana decorada con escenas de cacería de zorros. Contó las colillas en el cenicero y fingió no recordar cuántas eran las de la noche anterior. Levantó el auricular de metal y marfil